

## **ARENA ROJA**

*Seudónimo: Atma*

Papá nos observa desde el balcón, ligeramente encorvado, con los brazos apoyados sobre la barandilla, fumando un cigarrillo. Su novia aún duerme.

Supongo que, si aún existe alguna oportunidad de reconducir mi vida, de lograr una especie de equilibrio perdurable y que me redima del oneroso lastre del pasado, estoy haciendo lo correcto. No me queda otra opción. No he sabido ni sé y, quizás, de una manera egoísta, tampoco he querido encontrar una alternativa, explorar otras vías, otras posibilidades más sensatas, más honestas y menos ruines, para modificar el rumbo de mi existencia y escapar de las garras de un destino incontestable. Aunque quizá solo se trata de un hartazgo vital que avala una autocomplacencia tan digna como justificable, como cualquier otra razón que, en cualquier caso, puede que evidencie mi impericia para fingir estados de ánimo. Todos en cierto modo somos presos de nuestro pasado, de todas esas acciones pretéritas que han ido encalleciendo nuestra forma de mirar hacia el presente, hacia este ahora que, en cierto modo, ya parte de unos condicionantes que limitan nuestras probabilidades de ser auténticos, reales, nosotros mismos.

La mañana está nublada. Sopla un viento que, sin ser desapacible, molesta ligeramente. En la playa hay pocos bañistas que se atreven a desplegar las sombrillas y las toallas. El mar está revuelto, picado. El encrespamiento de unas olas irritadas da fe de esta agitación. Solo los surfistas y los más osados se atreven a desafiarlas.

Miro a papá y creo percibir en su gesto unas palabras de asentimiento, un tranquilo, estás haciendo lo que debes, lo que deberías haber hecho hace mucho tiempo. Se trata de una aquiescencia racional y aparentemente juiciosa, lógica, algo que guarda una clara

proporcionalidad entre lo que papá siempre ha pensado, dicho y sentido acerca de este asunto. Pronto habrá terminado todo y todos seremos un poco más libres.

–Ricardo, saluda al abuelo –le digo a mi hijo, intentando dirigir su mirada hacia ese apartamento en la primera línea de playa al que he tardado dieciocho años en volver y que mis padres adquirieron en los 80, cuando lo que se estilaba por aquella época entre las familias de una condición social acomodada era tener una segunda residencia con vistas al mar y en una verdadera primera línea de playa.

Mi hijo no le saluda. Ni siquiera le mira. Quizá, en ese mundo de soledad, vacío de alegría, al menos de la alegría que *los normales* conocemos como amalgama de sensaciones que producen bienestar, quizá en ese mundo inhábil, artrítico, en el que él habita y que solo a él cabe interpretar y proyectar hacia la realidad, le molesta la presencia de su abuelo, ese tipo malencarado e insolente que nunca le ha dispensado ni un solo gesto de cariño.

Mientras inflo la barca y me convengo de que es lo mejor que puedo y debo hacer, sin un atisbo de resentimiento, evitando celos y prejuicios absurdos, cumpliendo obedientemente el mandato de una razón aleccionada por los axiomas de papá, pienso que me he ganado el derecho a ser feliz, aunque la felicidad que se perfila en el horizonte sea incompleta.

\*\*\*

A veces las palabras trazan caminos que nos conducen hacia la esperanza y otras, ya sea por sí mismas o por nuestra errónea interpretación de las mismas, son capaces de situarnos en una posición que no habíamos previsto y que nos genera ciertas dosis de inquietud y desasosiego. Calibrar hasta qué punto esas palabras deberían haber conformado un conjunto homogéneo, endogámico, posiblemente no nos compete tanto a nosotros mismos como a la exégesis que un destino azaroso pueda hacer de las mismas. Por esta razón, desde muy pequeño, después de recibir numerosas palizas de papá, aprendí que, del mismo modo que

algunas palabras contienen un mensaje cifrado, etéreo, otras no se pueden obviar ni están sujetas a posibles interpretaciones cuando expresan un mandato firme, tajante, irrefutable.

–Saca a tu hermano de aquí –me decía papá con su voz grave, dura, desde el sofá en el que, recostado sobre unos cojines, fumaba un cigarrillo y se tomaba una lata de cerveza. Papá por aquella época no tenía ningún trabajo reconocido salvo lo que él mismo denominaba *mis negocios*, que lo mismo podía atenderlos desde la capital que desde el apartamento de la playa. Esta situación nos permitía estar alejados de la urbe durante casi tres meses mientras que mamá se ocupaba de las labores domésticas, aunque yo nunca supe cuáles eran esas tareas porque vivíamos rodeados de caos y desorden. Por entonces, además de fumar y beber muchísimo, desde primeras horas de la mañana, papá ya se atrevía con el LSD y la cocaína, mientras que mamá prefería encadenar un porro tras otro hasta que caía atolondrada en cualquier esquina de la casa.

Yo siempre obedecía a papá. Sus órdenes siempre eran claras, concisas, sin lugar para la duda. En la única ocasión que se me ocurrió rebelarme, me dio tal paliza que, desde ese momento, se me quitaron las ganas de volver a contradecirle. Por eso aquel día, aunque el cielo estuviera gris, presagio de tormenta, mi hermano y yo salimos de casa en cuanto papá lo ordenó. Afortunadamente llegamos a tiempo para guarecernos bajo el toldo del único chiringuito de la playa antes de que cayeran las primeras gotas. Durante quince minutos asistimos a un asombroso espectáculo de luz y sonido de la naturaleza protagonizado por relámpagos, truenos y una lluvia intensa. En cuanto terminó la tormenta, volvió a lucir un sol espléndido, rotundo, y los camareros se pusieron a limpiar con escobas y trapos las mesas y sillas y a colocar las sombrillas para restablecer el orden lo antes posible.

–¿Puedo ser vuestra amiga? –nos preguntó una niña menuda de unos diez años, con una voz cantarina y con el pelo recogido en dos trenzas, cuando mi hermano y yo ya nos íbamos a dar un paseo por la orilla de la playa–. Me llamo Olivia y soy de aquí de toda la

vida. Mi padre es el dueño de este chiringuito. Nunca os he visto por aquí. Sois extranjeros, ¿verdad?, pero extranjeros de aquí, claro, de España quiero decir.

Antes de contestarla, mi hermano entró en crisis. Yo intenté calmarle, primero con palabras y argumentos lógicos que sabía resultarían inoperantes, como siempre. También intenté detenerlo empleando toda la fuerza que era capaz de desplegar con mi complexión fibrosa, pero seguí sin lograr mi objetivo. Guillermo tenía tres años más que yo y, aunque no fuera capaz de canalizar toda su energía en una única dirección o hacia un objetivo concreto, él tenía doce y yo nueve y, por más que lo intentaba, no conseguía hacerme cargo de él.

Un camarero compasivo me ofreció su ayuda, pero entonces Guillermo radicalizó sus movimientos; solo cuando Olivia se acercó a él con calma, con una quietud que pretendía solidarizarse con él, para entregarle un tarro pequeño de cristal, mi hermano cambió drásticamente de actitud: se sentó sobre la arena, encogió las piernas, se ovilló sobre sí mismo y, con la mirada perdida en un punto indeterminado del horizonte azul, tendió su mano. La chica depositó sobre su mano aquel recipiente.

–¿Qué es eso? –pregunté desde mi ignorancia.

–Es un frasquito que contiene arena roja que ha dejado la tormenta. Trae buena suerte al que la lleva consigo.

–¿Y para mí no hay? –pregunté con una sonrisa que dejaba entrever cierta hilaridad sardónica.

–Tú no la necesitas; ya eres un suertudo por tener un hermano tan especial.

Sin saber qué contestar, lo único que se me ocurrió fue ponerme a andar hacia la orilla de la playa. Dimos un largo paseo. Olivia no dejó de hablar. Aunque mi hermano no era capaz de expresar sus sentimientos con palabras, sus actos y sus alaridos manifestaban una alegría clara, una quietud placentera, equilibrada, algo similar a un sucedáneo de felicidad.

Olivia era bella y simpática, como la tierna y luminosa *Beautiful Betty* del pintor romántico Lynch. Destilaba paz, serenidad. Caminaba dando pequeños saltitos, haciendo un singular movimiento con las caderas. Sus pechos eran como dos pequeñas protuberancias en la parte alta del torso.

Por las mañanas, después de desayunar, antes de que papá nos dijera que desapareciésemos del apartamento, Guillermo buscaba mi complicidad para, en cuanto terminaba de desayunar, irnos lo antes posible, como si quisiera decirme, desde el vínculo de una filiación cándida y amable con Olivia, que nos estaba esperando la chica que le entregó aquel tarro de arena roja y que una noche, mientras dormía, le arrebaté para hacerme acreedor, aunque fuera de una manera ilícita, de su suerte. Mamá no decía nada. Estaba en su mundo, como siempre.

Además de pasear por la playa y jugar con las olas, nos perdíamos entre las dunas y nos arrojábamos dando volteretas por la arena. Reíamos. Soñábamos. Disfrutábamos de cada instante dando grandes sorbos a la jarra de la vida. Durante aquellos días fui feliz. Guillermo, a su modo, estoy convencido de que también lo fue. Una felicidad confiada, sin intereses, que ya jamás he vuelto a sentir. Una felicidad a la que tuvimos acceso durante aquel verano y los tres siguientes. Unos veranos que se pasaron especialmente rápido. Olivia, mi hermano y yo formábamos un trío excepcional.

Sin embargo, todo cambió el cuarto verano después de habernos conocido, cuando tuve una consciencia más clara que nunca de que el cuerpo de Olivia había evolucionado hacia el de una joven más hermosa y atractiva de lo que ya era y empecé a sentir por ella algo más que amistad. Pero no sabía cómo ni cuándo ni qué se le decía a una chica cuando se sentía algo especial por ella porque nunca antes me había sentido atraído por ninguna. Y tampoco sabía a quién confesar mis sentimientos. Si papá ya era inaccesible para referirle cualquier asunto cotidiano, me lo imaginaba riéndose a carcajadas si le decía qué hacer

cuando una chica te gusta. Mi hermano, por su parte, desde su oscuridad, no sabría qué decirme. Y mamá ya no estaba con nosotros. Acababa de morir después de un penoso periplo por varias clínicas de desintoxicación. Ese mismo verano papá decidió que ya era el momento de iniciar una nueva vida y por esta razón nos acompañó su primera novia oficial que, si bien se comportaba de una manera complaciente, en el fondo era fácil entrever que, bajo aquella máscara impostada con un cariño ficticio, irreal, no le importábamos nada.

Aquel año empecé a flirtear con los porros. Aunque a mamá no le había ido nada bien la marihuana para solucionar sus aprensiones y sus nervios ni para hacer más llevadero su día a día y aliviar sus dramas y depresiones, sino todo lo contrario, yo esperaba obtener a través de ellos una ayuda suplementaria que me facilitase un acercamiento, no meramente amistoso o formal, hacia Olivia.

Todo se precipitó una tarde de agosto en la que estaba especialmente excitado, con el corazón muy revolucionado, después de fumarme un porro. Estábamos en la orilla de la playa. Olivia intentaba descifrar el lenguaje oculto del comportamiento de mi hermano, como siempre. Y entonces fue cuando, envalentonado, la dije que la quería y, ya sin parar, le pregunté si quería salir conmigo y si me dejaba tocarle las tetas. Ella me miró a los ojos de una manera desafiante, como si no entendiera que hubiera sido capaz de profanar en cierto modo algo oculto, como si acabara de actuar de una manera antinatural, me dio una sonora bofetada en la cara, me dijo que era un asqueroso y salió corriendo. Pensé que huía hacia un territorio desconocido pero en el que sin duda seguramente viviría mejor.

El enfado le duró dos semanas. Las dos semanas que mi hermano estuvo más desasosegado de lo normal.

—He vuelto a juntarme con vosotros porque tu hermano no tiene por qué pagar tus groserías.

No supe o no quise disculparme. Lo importante es que, con su regreso, todo pareció volver a la normalidad.

Nos subimos en una barca hinchable, que había comprado papá de una manera tan generosa como sorprendente, para dar un paseo. Mi hermano y Olivia iban sentados frente a mí, en la proa de aquella embarcación ligera. Yo manejaba los remos. Había soñado con aquel momento durante muchos días y, al fin, podría ver cumplida esta fantasía. Cuando estábamos lo suficientemente alejados de la orilla y los socorristas habían terminado su jornada, supe que había llegado el momento. Después de dar unas caladas a un porro que ofrecí a Olivia y no quiso, me incorporé en la barca logrando un equilibrio precario, pero efectivo, me quité el bañador y empecé a masturbarme.

–¿Qué haces? ¿Te has vuelto majara? –me preguntó Olivia sin dar crédito a lo que estaba viendo.

–Déjame que te toque las tetas –le dije de una manera imperativa, superando posiblemente la acritud y la dureza de cualquier acto indigno, nauseabundo.

–Te has vuelto loco de remate.

Esta vez no esperaba recibir calabazas. Sin embargo, ella tampoco estaba por la labor de dejarse avasallar. Iniciamos un forcejeo que alteró a mi hermano, que empezó a dar voces y a moverse de una manera violenta, con espasmos incontrolables. En medio de este caos, Olivia cayó al mar.

–Ayúdame, no sé nadar. Me ahogo.

Guillermo se lanzó al agua, quién sabe si articulando una incomprensible acción salvífica porque tampoco él sabía nadar. Empezó a dar manotazos sobre el agua al igual que Olivia. En aquel momento caótico, empujado por la rabia y la irrealidad en la que andaba enredado, me dije que les estaba bien empleado y, sin ofrecerles mi ayuda, les dejé a la deriva.

\*\*\*

Superada la zona de mayor oleaje, miro a los ojos a Ricardo y no puedo evitar acordarme de Begoña, su madre, la misma persona de la que heredó esos ojos grandes y redondos como castañas, la misma persona que me prometió amor eterno ante un sacerdote y los familiares más allegados, esa misma persona que nos abandonó cuando surgieron los primeros conflictos, cuando se dio cuenta de que nuestro hijo no tenía un simple catarro del que se curaría pronto. Comenzó a coquetear con las drogas y, al final, cayó en las redes de una Iglesia bastarda que la sumió en una especie de locura sin retorno.

Reclamé ayuda a papá, que por aquella época lo había dejado con su enésima novia, pero me dijo que él ya tenía bastantes problemas en su vida como para hacerse cargo de los míos y me dijo que ya era mayorcito para solucionar mis problemas por mí mismo.

Sin embargo, este verano es distinto, después de dieciocho años, asfixiado por las deudas que ya no me dejan vivir, he recurrido a papá para resolver la encrucijada vital en la que me encuentro y le he dicho que, si recibo su apoyo económico, pienso acabar con Ricardo arrojándole al agua desde la barca y dejándole que se ahogue como se ahogaron su tío y Olivia. Papá, lejos de quitarme esta idea funesta de la cabeza, me ha dicho que es una decisión que debería haber tomado hace tiempo.

Seguimos adentrándonos en el mar. Ricardo y yo. Yo y Ricardo. Solos los dos. No dejo de mirarle. Y solo puedo pensar en su indefensión, en la verdadera injusticia que estaría cometiendo si acabo finalmente con su vida. Son minutos de mucha tensión. Tengo sentimientos contradictorios. Me aferro al tarro de cristal que he guardado durante todos estos años y que sigue conteniendo la arena roja que dejó aquella tormenta de verano tantos años atrás y que recogió la dulce y bella Olivia. Y otra vez vuelvo a acordarme de ellos. Nunca me lo he perdonado porque, en el fondo, puede que nunca haya superado la etapa del duelo. Creo que la culpa y el remordimiento van a estar ahí siempre, nunca voy a poder deshacerme de ellos. Ni las múltiples sesiones con psicólogos de renombre, ni las supuestas terapias

milagrosas han conseguido borrar el recuerdo de aquella tragedia. Tampoco he conseguido abandonar del todo las drogas. Siempre que tengo un bajón, recaigo, a pesar de que son recaídas que no me puedo permitir porque tengo a mi cargo a Ricardo, un niño autista, fiel reflejo de su tío Guillermo. Soy ateo, no creo en nada, pero, sin embargo, estoy convencido de que el karma me lo ha hecho pagar con creces por cometer aquella acción impúdica, deleznable, y dejarles morir en medio del mar.

Son momentos de una angustia desconcertante durante los que Ricardo permanece ovillado en un rincón de la barca. No dejo de mirarle. Tan inocente. Tan desvalido. Y al fin, cuando estoy lo suficientemente alejado de la playa como para que papá solo pueda confundirnos con un punto en la lejanía, sin apartar la mirada de los ojos de mi hijo en los que hallo fragmentos de una ilusión esperanzadora que deseo puedan componer un futuro dichoso, halagüeño, que nos liberen de esta realidad encenagada por las mentiras y la ruindad, me digo que no puedo hacerlo. Ricardo es mi hijo. Él no tiene la culpa de ser autista, de haber nacido en esta familia desestructurada. Él no es responsable de que su abuelo jamás haya querido a nadie de verdad, de que yo haya permitido tanta desafección. Creo que merece la pena darnos la oportunidad de seguir viviendo juntos, de intentar abrir nuevos espacios en los que tender puentes hacia proyectos ilusionantes que nos colmen de felicidad. Miro sus ojos grandes y redondos como castañas y en ellos y en las huellas de su profunda y prístina mirada azul creo vislumbrar la senda que ha de llevarnos hacia la conquista de esos territorios. Lanzo al mar el tarro de cristal que contiene la arena roja y, como alguien que se siente libre de un lastre excesivamente pesado y turbulento, remo hacia un horizonte luminoso, alentador.